CARACTERES DE LA VERDADERA DEVOCION

I

A pesar de haberse enfriado generalmente la piedad, son muchas las personas que profesan todavía la devoción, aunque son pocas las que tienen de ella una idea verdadera, verificándose el que casi todas siguen en este punto sus preocupaciones, su imaginación, su genio o su amor propio. De aquí proviene esa multitud infinita de defectos a que están sujetos los devotos de uno y otro sexo, de toda edad, condición y estado; defectos que sin motivo se atribuyen a la devoción. No todos ellos son contrarios a la salvación; pero no obstante son dañosos a la perfección, y ponen obstáculo a la santidad. Además son ocasión de burla y de blasfemia para los mundanos; son para el común de los cristianos un pretexto que les hace permanecer en su relajación, y les aparta de entregarse a la vida devota. ¡Qué razones tan poderosas no son estas para obligar a las almas piadosas y sensibles por la gloria de Dios, por sus propios intereses, y por los del prójimo a concebir una noción exacta de la devoción, según nos la presenta el Evangelio, y a procurar expresarla en su conducta!

Yo me propongo delinearles un cuadro fiel de ella en esta pequeña obrita, y les convido a que observen con atención todos sus rasgos, y a echar en seguida una ojeada sobre sí mismas. Pero como es tan ciego el amor propio y la voluntad humana tan rebelde, no me atrevo a esperar que se reporten de semejante comparación todas las ven-

tajas que naturalmente deberían prometerse; ya porque muchos no querrán verse retratados como son; ya porque un continuado hábito, que casi ha pasado a naturaleza, quitará a muchos el ánimo, y aun el deseo de reformarse; ya finalmente por hallar el modelo demasiadamente perfecto, y desesperando de poder alcanzarlo, ni siquiera se atreverán a ponérselo delante.

Sea como fuere, me tendré por muy feliz si consigo que sirva de provecho, aunque no sea sino a un pequeño número. Por otra parte mi escrito no se dirige solamente a las personas devotas: son muchos los cristianos que andan fluctuando entre una vida común, y una profesión manifiesta de la piedad sólida. Este escrito es tal vez el medio de que Dios quiere servirse para decirles, y fijarles resueltamente en el bien. Cada día se ven pecadores que vuelven a Dios, habiendo ignorado hasta el presente que cosa sea servirle, y sin duda gustarán de poderse instruir sobre ello en un librito cuya lectura no pide sino unas cuantas horas. Por fin, la juventud, que comienza a entregarse a Dios, tiene necesidad de ser instruida, y de conocer el verdadero camino que conduce a él. Como no tiene ni preocupaciones que combatir, ni malos hábitos que enmendar, bastará indicarle el camino, para que entre en él por sí misma, y de este modo se preserve de todos los engaños y de todas las imperfecciones de una devoción mal entendida.

A ella es a quien principalmente recomiendo la lectura de este libro. Los que están encargados de su educación podrán ponerlo entre sus manos, cuando juzguen que se halle en estado de entenderlo y de aprovecharse de su lectura, esto es, hacia la edad en que la razón y el corazón están suficientemente desarrollados, porque creo que no seria del caso hacérselo leer antes. La primera impresión es siempre decisiva por lo que mira al buen o mal éxito de un escrito piadoso: si el concepto que se forma es poco

agradable, con dificultad vuelve a leerse. Por esto vale más esperar tiempo oportuno para que aquel pueda ser sólido y profundo.

II

¿Qué cosa es devoción? Cada cual la define a su modo. Para un libertino, ser devoto es creer en Dios, y tener algunos principios de religión. Para un santo, es abismarse y perderse en la inmensidad de Dios. Entre estas dos definiciones extremas, hay un número casi infinito que son intermedias, las que son más o menos exactas a proporción de lo que se acercan a la una, o se alejan de la otra.

Para definir exactamente la devoción me atendré a la misma palabra, y a la idea que ella expresa. La palabra *devoción* es latina, y se traduce convenientemente en nuestro idioma por la de *dedicación, consagración o donación*[1]. Ser, pues, devoto es lo mismo que estar dedicado a Dios. Sobre la idea que presenta al entendimiento la palabra *dedicación* estableceré todo cuanto tengo que decir sobre la devoción después de haber advertido que, cuando se trata de Dios y de nuestros deberes para con él, deben tomarse las palabras en el sentido más rigoroso y más lato.

Esta expresión, pues, es muy a propósito para denotar el asimiento íntimo, la dependencia absoluta y volunta-

1. Así hemos creído deber traducir la palabra francesa *devouement*, persuadidos de que es la más a propósito para el presente asunto aunque no tiene, y es preciso confesarlo, tanta energía; y como en el decurso de este escrito ocurre muchas veces la palabra *dedicación*, desde ahora advertimos al lector que debe tomarla en el sentido que presenta una cosa enteramente entregada, rendida, en fin, consagrada del todo a Dios.

ria, el celo afectuoso, en una palabra, la disposición del espíritu y del corazón para someterse entera y absolutamente a la voluntad absoluta de una persona, para prevenir sus deseos, para abrazar sus intereses y para sacrificarlo todo por ella. Así se dice de un hijo, de un criado, de un vasallo que está dedicado o rendido a su padre, a su amo, o a su príncipe. Dícese también que un hombre está dedicado o entregado a la ambición, o a otra pasión cualquiera, cuando no piensa más que en satisfacerla; cuando busca todos los medios para conseguir su objeto; cuando a ella se enderezan todas sus empresas e intentos, de tal suerte que le absorbe tan enteramente, que apenas puede ocuparse en ninguna otra cosa.

El dedicarse enteramente a Dios comprende todo esto en un grado el más eminente; añadiendo de más una consagración, en virtud de la cual la persona consagrada deja de ser suya, pierde todo derecho sobre sí misma, y pertenece, mediante un acto de religión el más santo y el más irrevocable, al Ser supremo a quien se dedicó.

Tal es la idea que tengo formada de la devoción, cuando explico el significado preciso de esta palabra. Convengo en que la práctica de esta dedicación tiene su principio, su progreso y su perfección; pero no obstante el acto de dedicación debe ser pleno, entero y perfecto en la voluntad cuando ésta le forma. Sin alargarnos más, y con esta simple definición, ya puede juzgarse cuán rara es entre los cristianos la verdadera devoción, y cada uno puede conocer si de veras es devoto.

III

La consagración o donación que debemos hacer de

nosotros mismos a Dios es única en su especie, por estar fundada en títulos que no pertenecen sino a él, y que no puede comunicar a nadie. Dios es nuestro primer principio, y nuestro último fin; Dios nos crió, y nos conserva en todos los instantes: a él somos deudores de cuantos bienes y ventajas poseemos en nuestra alma y en nuestro cuerpo: este cielo, esta tierra y todos los bienes que gozamos, obras son de sus divinas manos, y dones de su liberal beneficiencia: él dispone a su voluntad de todos los acontecimientos, y su Providencia no tiene otro objeto en sus designios y disposiciones que nuestro bien.

Dios nos crió para que le conociésemos, amásemos y sirviésemos, y de este modo mereciésemos poseerle por toda la eternidad. Habiéndonos enriquecido desde nuestro primer origen con todos los beneficios de la naturaleza y de la gracia, había vinculado una felicidad duradera a la observancia de un precepto el más sencillo, el más justo y el más fácil; y habiendo caído de este feliz estado por la desobediencia de nuestros primeros padres, Dios nos restableció en él por una invención admirable de su amor, dándonos su propio Hijo, y vengando en él nuestros pecados, para tener lugar de hacernos gracia.

Al beneficio general de la redención, juntad los beneficios particulares, el habernos hecho nacer en el seno de la verdadera religión, y de la Iglesia católica, la buena educción, tantas gracias preservativas, tantos pecados perdonados, tantas reprensiones tiernas, e invitaciones secretas para que volvamos a él, y finalmente tantas señales de predilección especial.

Dios es nuestro bien soberano, y hablando con exactitud, nuestro único bien. Como todo lo habemos recibido de Dios, de él lo esperamos todo, y no podemos ser felices sino por él. El es nuestro rey, nuestro legislador, nuestro remunerador, y el árbitro supremo de nuestra suerte. Añadid lo que él es en sí mismo, la eternidad e infinidad

de su ser y de sus perfecciones; y finalmente sobre todo esto lo que es para nosotros en la persona de Jesucristo.

Ahora paraos un instante para reflexionar sobre cada uno de estos títulos que no he hecho mas que enunciar; pesad toda su fuerza, estimad todo su valor, apreciad todos sus derechos, los sentimientos que exigen de vosotros y las obligaciones que os imponen. Después de haberlos considerado separadamente, reunidlos otra vez, y concebid, si podéis, la extensión inmensa de vuestros deberes. Medid la capacidad de vuestro corazón; y ved si, aun cuando se deshiciese en afectos de amor, respeto, agradecimiento y sumisión, podría desquitarse de sus deudas para con Dios; y juzgad si la dedicación que hacéis de vuestra persona a él, por grande que sea, será proporcionada a tantos títulos.

IV

Es evidente que ninguna donación, aunque sea la mas legítima, puede compararse con esta, y que toda dedicación opuesta, que atentase en lo más mínimo contra ella, ó que no le estuviese enteramente subordinada, seria un atentado, que el mismo Dios no podría dejar de condenar y castigar. El homenaje, el respeto, el amor y la obediencia que se rinde a cualquier criatura en tanto son justos y aprobados por Dios, en cuanto se mantienen dentro de los límites que él nos tiene señalados; en cuanto se refieren a él, y en cuanto son la expresión del homenaje supremo, del respeto infinito, del amor sin igual y de la obediencia absoluta, que a él solamente son debidos. El verdadero cristiano no conoce mas que una sola dedicación, de la que todas las otras solo son una extensión y

aplicación, a saber, la que pertenece a Dios. No consagra sino a Dios su espíritu, su corazón y su cuerpo: no respira, no piensa, no obra mas que por Dios: Dios es el principio, el motivo, y el fin de todos los deberes que cumple con respeto a sus semejantes.

V

El primero, y grande objeto de la devoción, o dedicación a Dios, es la gloria del mismo Dios, y el cumplimiento de su voluntad. Dios no pudo proponerse otro fin en todas sus obras, y no permite al cristiano sustituir otro, antes bien se lo prohíbe. No existimos sino para glorificar a Dios, y le glorificamos amándole y obedeciéndole. Esta gloria de Dios debe tener el primer lugar en nuestros pensamientos y deseos; debe ser el gran móvil de nuestras acciones, y cualquier otra intención, por santa y buena que sea, debe ser considerada como de orden secundario.

Esto es lo que nos enseña Jesucristo en la oración que nos propuso, y cuyas primeras peticiones no miran mas que a Dios, y a los intereses de su gloria. «Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.» Que todas las criaturas racionales os alaben, os adoren y celebren a porfia vuestra santidad; que os imiten haciéndose santas, porque Vos sois santo; y perfectas, porque sois perfecto; y así seáis santificado en ellas y por ellas. –«Venga a nos el tu reino;» que todas os reconozcan por su único soberano; que os constituyan dueño absoluto de su corazón, y os inviten a ejercer en él vuestro supremo dominio, del cual sois tan celoso.– «Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.» Los Angeles y los bienaventurados no reconocen otra ley que vuestra voluntad:

ella es el principio del orden, de la paz y de la caridad que reina entre ellos, pues ponen toda su dicha en cumplirla. Que suceda lo mismo aquí abajo entre los hombres, de suerte que no usen de su libertad, sino para someterla no tan solamente a vuestras órdenes, sino también a lo que sea de vuestro mayor agrado, y a las disposiciones de vuestra adorable providencia. Tales deben ser los deseos más íntimos y mas ardientes de la verdadera devoción. ¿Y el corazón con la boca que cada día las pronuncia? nuestras intenciones y obras ¿corresponden a la sinceridad de nuestras súplicas?

VI

El segundo objeto que se propone el verdadero devoto, es su propia santificación, que desea con todas veras no para hermosear y perfeccionar su alma, sino también para cumplir con un mandato del mismo Dios, y porque sabe que con ello le agrada, y contribuye a su gloria. Los esfuerzos que hace para adquirir las virtudes no tienden a complacerse en ellas, sino a dar gusto a Dios: y ni siquiera tiene empeño en saber si le agrada, obrando con rectitud y simplicidad, sin buscar como darse testimonio a sí mismo de la bondad de sus acciones.

Del mismo modo, si evita cuidadosamente todo pecado, cualquiera que sea, y toda imperfección, no es porque considere esto como una mancha y deformidad para su alma; sino porque es una ofensa de Dios, un desorden que ofende a la santidad y pureza de sus divinos ojos,un objeto que le es odioso, y que provoca su indignación: de modo que al mismo tiempo que está pesaroso por una falta que ha cometido por respecto a Dios, se goza por

otra parte del sentimiento de humildad y abyección que en él engendra semejante falta. Asimismo aspira a la santidad, no para apropiársela, y poseerla como un bien suyo, sino para hacer de ella un homenaje a Dios, y tributarle toda la gloria como a única fuente de toda santidad.

Quiere ser santo, no a su modo y según sus ideas, sino según las de Dios. No ignora que su santificación es mas bien obra de Dios que suya; que lejos de poder trabajar por sí mismo, no haría mas que echarlo a perder todo, si fuese el primero en trabajar en ella; que pertenece a Dios el comenzar, continuar y acabar, y a él, dejar obrar a este grande Hacedor, no oponerle ningún obstáculo, y ayudarle con su consentimiento y cooperación.

Finalmente sus deseos no le llevan a una santidad sublime, moviéndose por una falsa elevación de sentimiento, y por una emulación celosa de igualarse con ciertas almas privilegiadas; solo desea llenar la medida de santidad a que Dios le llama; solo aspira a corresponder a las gracias que de él recibe, y serle fiel, en cuanto alcancen sus fuerzas; quedándose tan contento con un solo talento, con tal que lo haga fructificar, como si hubiese recibido dos y aun cinco.

VII

El tercer objeto de la devoción, y el que más nos interesa, es nuestra felicidad, la que está inseparablemente vinculada a nuestra dedicación a Dios. Ser feliz, es estar unido al sumo Bien; unión que la devoción comienza aquí en la tierra, para consumarla en la eternidad. Nuestra felicidad es una consecuencia de nuestra santificación; es un principio cierto que lo que tiende a que sea mejor el

alma, por lo mismo tiende a que sea mas feliz. La perfección y la felicidad son entre sí como la causa y el efecto: lo que se verifica hasta por lo que toca a Dios, en quien la felicidad no es tanto una perfección como el resultado de sus infinitas perfecciones. Es incontestable, pues, que la devoción bien entendida y bien practicada es la fuente, o por hablar con mas propiedad, es la única fuente de la felicidad sólida que el hombre puede gozar en esta tierra.

Pero esta felicidad pasajera no es mas que una sombra, si se compara con la bienaventuranza eterna que Dios promete a los que se dedican a su servicio. Porque pensando Dios en su gloria, no por eso olvidó nuestros intereses; antes al contrario, quiso que éstos fuesen dependientes de aquella, y que sometiéndonos a su voluntad, encontrásemos todas las ventajas de la vida presente y de la futura; y si la devoción no produce siempre este efecto, de ningún modo debe atribuirse a ella, sino a los que la entienden y practican mal.

Así en las ideas infinitamente sencillas y exactas del divino entendimiento, los otros dos objetos se reducen al primero y se confunden con él, pues donde ve Dios la gloria que espera de nosotros, allí mismo ve nuestra felicidad. Por esto el verdadero devoto no mira su santificación sino como un medio de glorificar a Dios, y a su felicidad sino como encerrada en la gloria del mismo Dios, de la que aquella es una consecuencia. De aquí es que el principal fin del hombre devoto y el grande objeto de todas sus acciones son esta gloria de Dios, no dudando que se hará santo y feliz a proporción de lo que la habrá procurado, aunque no piense en ello en particular. No excluye por eso los otros dos objetos; muy al contrario piensa en ellos con frecuencia; pero el primero le arrebata, y le encubre, por decirlo así, los otros dos.

No sucede así con el devoto vulgar. Su propia salvación es el objeto a que da toda la preferencia, y en que

pone la mayor atención, y su espíritu no lleva otra mira. Si practica lo que juzga conveniente para ello no es sino para asegurarla; evita lo que cree que puede exponerla, y en esto está toda la medida de su santidad, y no va mucho más allá. Por lo tocante a la gloria de Dios, es cosa rara para él obrar directamente por ella, aunque se guarde de tomarse la libertad de hacer cosa ninguna que le sea opuesta. Así es como el amor a sus intereses, al que da la ventaja sobre todo, le hace trastornar el orden que Dios quiere que guarde en estos tres objetos, y de aquí provienen todos los defectos de su devoción.

VIII

Pero vengamos a los pormenores de las cualidades que caracterizan la dedicación a Dios. Nadie ignora que la devoción por cualquier aspecto que se la considere es cosa sobrenatural: es sobrenatural en su objeto, que es Dios conocido no solo por la razón sino también por la fe: es sobrenatural en sus motivos, en sus medios y en su fin: es sobrenatural, por ser imposible al hombre concebir su idea por sus solas luces, abrazarla por su sola voluntad, y ponerla en práctica por sus solas fuerzas; y finalmente es sobrenatural porque lejos de favorecer en nada a la naturaleza corrompida, la combate y se propone reformarla.

Por consiguiente nadie puede aficionarse a la devoción sino por la acción de la gracia, que ilumina el entendimiento, solicita la voluntad, y fortifica la libertad: ni tampoco puede mantenerse en ella, hacer progresos, ni alcanzar su perfección, sino con el socorro de la misma gracia.

Y como, a excepción de ciertas gracias que previenen

del todo al alma, Dios no concede las otras sino por medio de la oración, de aquí se sigue que la primera cosa que inspira la devoción es un atractivo por la oración; o antes bien ella misma es este *espíritu de gracia y de plegarias* que por boca de un profeta Dios promete derramar sobre su pueblo. *Es un espíritu de plegarias,* a saber, una disposición, una tendencia habitual del alma a elevarse hacia Dios, y unirse con él, adorando su suprema majestad, dándole gracias por sus beneficios, pidiéndole perdón de los pecados que ha cometido, y solicitando los socorros espirituales necesarios a su flaqueza; *es un espíritu de gracia,* porque esta disposición y esta tendencia son efectos de la gracia.

Digo *una disposición habitual,* que siempre subsiste en el fondo de la voluntad hacia Dios, y que, según la ocasión o necesidad, se manifiesta por actos expertos y formales, proferidos por la boca, o hechos con el corazón. Los actos expresos no pueden ser continuos; pero el afecto interior que los produce y anima puede y debe serlo. Y de esta elevación habitual del alma hacia Dios debe entenderse el precepto de Jesucristo: «Conviene siempre orar y no desistir de ello.»

Alma cristiana, si tienes este espíritu de oración, tienes la verdadera devoción; pero no lo posees todavía, si solamente te lleva a la oración el deber y la necesidad, y no el gusto y el atractivo; si este ejercicio te es penoso, si te repugna, si te cuesta grandes esfuerzos; si estás en él floja, tibia, voluntariamente distraída y enojosa; si cuentas los instantes; si los abrevias cuanto puedes; si, finalmente, pagas a Dios esta deuda del mismo modo que un mal deudor se descarga de las suyas. De este modo puede uno orar a menudo y de continuo por hábito, rutina, respeto humano, o porque la regla o el estado lo exigen, sin tener espíritu de oración: no obstante nada hay más frecuente.

IX

Mas este espíritu de oración es un espíritu evidentemente interior, puesto que es un espíritu de gracia, y «el espíritu que pide por nosotros con gemidos inefables; el espíritu del Hijo, que Dios envía a nuestros corazones, que clama: *¡Padre, padre!»* esto es, que forma en nosotros el afecto filial, que viene a ser como un grito continuo del corazón hacia Dios nuestro Padre. Este divino Espíritu es mas interior que todo cuanto hay de mas íntimo dentro de nosotros, y extiende su acción sobre las mas nobles facultades de nuestra alma, que son entendimiento, voluntad y libertad. La verdadera devoción, pues, es esencialmente interior; reside en el fondo del alma, en donde inspira buenos pensamientos y dulces sentimientos; y desde dentro se extiende por fuera, y da vida a todas las obras exteriores de piedad.

En afecto, ¿qué sería una devoción puramente exterior, que no consistiese sino en palabras y vanas protestas, o en acciones que no tuviesen su origen en el corazón? Solo reina un simulacro de devoción, con que se podría engañar a los hombres, que no juzgan sino por las apariencias; pero que no engañaría jamás a Dios, cuyas miradas se van directamente al corazón. No cuidan mucho los hombres de la buena voluntad de quien los obliga con tal que les hagan servicios útiles; pero ¿qué necesidad tiene Dios de nuestros homenajes? solamente los aprecia en cuanto le son gloriosos, y no son tales sino en cuanto son sinceros y nacen del corazón.

La devoción es también interior, porque aparta el alma de los objetos exteriores que la disipan, llamándola a si misma, y reconcentrándola en Dios, quien allá dentro la hace sentir su presencia, enseñándola además a recoger sus sentidos, a sujetar la imaginación, a contener los va-

nos pensamientos, a calmar las agitaciones, a fijar la inquietud de sus deseos, y a reunir todas sus fuerzas para mantenerse unida con el objeto a quien está dedicada. Por medio de esta unión interior con Dios santifica el alma no solo sus oraciones vocales y mentales, el ejercicio de sus deberes y de sus buenas obras, sino también las acciones corporales, como el beber, el comer, dormir, y aun aquellas que parecen más indiferentes, como son las conversaciones y los honestos desahogos que sabe referir a la mayor gloria de Dios, siguiendo el consejo del Apóstol.

La devoción da al cristiano el conocimiento experimental de esta sentencia de Jesucristo: «El reino de Dios está dentro de vosotros»; sentencia cuyo sentido nadie comprenderá sino el verdadero devoto. Dios ejerce su reinado sobre el alma que le está dedicada por la operación de su gracia, y la hace atenta a su voz, por la cual la intima en todos los momentos su voluntad. Y como esta voz es de una delicadeza infinita, y no puede ser oída en la disipación, en el tumulto y turbación de las pasiones, el alma, que por un toque profundo ha sentido una vez sus encantos, y que conoce cuan ventajoso es para ella ser dócil a semejantes atractivos, procura mantenerse en el recogimiento, en la calma, en una cierta soledad interior, y en una extrema atención para no perder ninguna de las instrucciones y advertencias que Dios quiera darla. Así es como el servidor dedicado a su amo, y que siempre está dispuesto a cumplir sus voluntades, no se deja distraer por cuidados extraños, está siempre atento a todas sus palabras, se aplica a entenderlas bien, y hasta observa sus ojos, sus gestos y las mas pequeñas señales de sus intenciones.

Esta atención debe ser continua, porque la acción de la gracia sobre el alma lo es también. Es un hilo que la dirige, que conviene tenga siempre asida de su mano, y del

que no puede separarse un instante sin extraviarse. De este modo, cuando el alma se ha entregado seriamente a Dios, experimenta que sus avisos interiores son continuos, y se hacen notar sensiblemente hasta que haya adquirido un hábito de obrar en un todo por el espíritu de la gracia: y cuando este espíritu se haya hecho familiar y como natural, le sigue casi sin advertirlo; aunque no por eso su influencia sobre todas las acciones deja de ser mucho mas grande. Si se me objeta que una atención tan fuerte y tan continua es muy incómoda; responderé en primer lugar, que el verdadero devoto no hará jamás semejante objeción, y que ni aun le ocurrirá a la mente; y esta respuesta no tiene réplica para cualquiera que comprende lo que es estar dedicado a Dios. En segundo lugar digo, que si hay trabajo, el amor lo endulza, y que el hábito hace fácil lo que costaba mucho al principio.

X

Sin embargo de lo dicho seria una grosera ilusión el creer que la devoción no puede ser sino interior; y bajo pretexto de que Dios ve lo de adentro, suprimir la oración vocal y las otras demostraciones exteriores. Somos hombres, y no puros espíritus, y así es justo que el cuerpo tome parte en los homenajes del alma, y que nuestros principales órganos se empleen en las alabanzas de Dios, pues para esto los hemos recibido, y este es el mas noble uso que de ellos podemos hacer: es menester que el hombre entero adore y ruegue.

Además, el alma tiene necesidad de excitarse a la piedad y de sostenerse en ella por las cosas que hacen impresión en los sentidos. Así el aparato exterior del culto, el

orden, la majestad de las ceremonias, los movimientos e inflexiones del canto, la vista de los cuadros y de otros objetos preciosos, son cosas necesarias para mantener la devoción. La compostura decente y humilde del cuerpo, las rodillas dobladas, las manos juntas, los ojos modestamente bajos o elevados hacia el cielo, son otras tantas expresiones del respeto y de la atención del alma en la oración, que naturalmente y sin hacer reflexión a ello está inclinada a acompañar sus sentimientos con semejantes indicios exteriores.

Añadid a esto la edificación que se debe al prójimo, que no puede juzgar de nuestra piedad sino por lo que aparece defuera; y que siendo la religión el primer lazo de la sociedad, exige un culto común y público, y por consiguiente exterior, en que los hombres enderezan a Dios los mismos votos y las mismas oraciones, animándose mutuamente a cantar sus alabanzas. El ministerio eclesiástico, que es de institución divina, es una prueba evidente de la necesidad de un culto exterior.

No ha existido jamás un verdadero devoto, aunque se hallase en una soledad, que no haya tenido todos los días tiempos señalados para la oración vocal. El mismo espíritu interior mueve a hacerlas, aun a aquellos que mas se aplican a la contemplación; y si en algunas ocasiones pasajeras el atractivo o recogimiento fuese tan vehemente que obligase a suspender este modo de orar, seria preciso volverlo a practicar tan luego como se tuviese mas libertad de espíritu.

Ya sea, pues, que se ruegue a Dios en los lugares que están destinados para las reuniones de los fieles, o ya sea a solas, conviene entregarse de tal modo a la oración mental, que no se omita de ninguna manera la vocal. La primera no podría sostenerse mucho tiempo sin la segunda, y degeneraria infaliblemente en una soberbia y peligrosa ociosidad. Porque tanto como es difícil hacer bien

la oración vocal sin el socorro de la mental, con la que se alcanza el espíritu interior, otro tanto lo es el que pueda mantenerse el alma en la desnudez de la contemplación, sin ayudarse de cuando en cuando de la vocal. Sucede ordinariamente en la oración que el alma vivamente penetrada no puede reprimir sus ímpetus vehementes y sus transportes, y entonces los expresa por medio de palabras, de miradas, de suspiros, de lágrimas, o por medio de varios movimientos que se le escapan: todo lo que es una consecuencia de la unión del alma con el cuerpo, y de su mutua correspondencia.

XI

Si es un abuso excluir de la devoción la oración vocal, no lo es menos, y aun más común desterrar de ella la oración mental. Esto puede ser excusable en el vulgo grosero y mal instruido, que apenas hace uso de su espíritu; y asimismo en la edad juvenil en que la extremada ligereza de la imaginación necesita fijarse por medio de alguna cosa sensible. Pero ¿es perdonable a personas maduras y suficientemente instruidas, no saber orar sino con el libro en la mano, y persuadirse que están ociosas si no mueven sus labios; y que Dios no las entiende si no articulan sus súplicas, y a veces tan alto que estorban a los que están a su lado? ¿Cuántas mujeres piadosas no van a la iglesia sino cargadas de libros en los que tienen encerrada toda su devoción? Se las ve tomar esos libros uno después de otro, y buscar métodos para oír misa, para confesarse y para comulgar, en los que se hallan ordenados los actos y las fórmulas sin mas necesidad que pronunciarlos: si no han omitido ninguno de ellos, ya creen haber llenado dig-

namente su objeto, y que Dios no les pide mas. Sin embargo el menor acto que hubiese formado su corazón, el menor sentimiento que le hiciesen concebir seria mucho mas agradable a Dios, y para ellas mas provechoso. Pero su corazón está frío, seco y vacío; y en medio de ese flujo de palabras que profiere la boca, el corazón no dice nada.

Y así por más que digan que las oraciones escritas y ordenadas las mueven más y alimentan su devoción, yo tengo poca confianza en semejantes actos metódicos y bien dispuestos, en que se expresan con bellas palabras sentimientos a veces bien extraños a aquellos que los pronuncian, y tal vez al mismo que los ha compuesto. Pero demos que por la primera vez las muevan por causa de su novedad: la impresión que les hacen afectará siempre más a su imaginación que a sus corazones; y al cabo de algún tiempo unas fórmulas repetidas todos los días llegarán a cansarles; ya no les harán más impresión, les causarán enfado, y las dirán maquinalmente y de memoria. De aquí es que les será preciso buscar otras, de las que se disgustarán del mismo modo; y agotados bien pronto todos los devocionarios, ya no sabrán a donde recurrir.

¿Por qué, pues, no se acostumbran mas temprano a recogerse, y a buscar, como David, en su mismo corazón la oración que quieran hacer a Dios, lamentándose delante de él de nuestra frialdad e insensibilidad, y conjurándole a que supla nuestra espiritual pobreza? ¿Seria tal vez en mal modo de orar el humillarse ante Dios, reconocer la propia impotencia, atraer la gracia de lo alto por medio de profundos gemidos; y si se tiene en algún intervalo cualquier buen sentimiento, atribuirlo con reconocimiento al Autor de todo bien?

Cuando el manantial de la devoción existe en el corazón, es inagotable, los afectos que nacen de ella son siempre variados, hallando cada vez en ellos un gusto nuevo. Para expresarlos no se necesitan discursos estudiados,

presentándose al punto las expresiones más sencillas, las más naturales y más vivas; y hasta el mismo silencio de un corazón conmovido y enternecido es mucho mas elocuente que las palabras; y en mil ocasiones no le queda otro recurso para mejor testificar a Dios todo cuanto siente, que el callar.

¿No es por ventura bien claro que esas fórmulas todas marcadas fomentan la pereza, y que dispensan de prepararse antes de la oración, contra lo que ordena el Sabio? No hay más que abrir el libro y leer; he aquí toda la preparación que basta a tales personas.

No las habléis de la meditación, porque os responderán que no pueden meditar, y que con el menor esfuerzo que para ello hiciesen su cabeza se agotaria. Confieso que la meditación es trabajosa para cualquiera que no está acostumbrado a reflexionar; que las imaginaciones vivas no son muy propias para ello, y que no todas las cabezas son capaces de permanecer en ella por mucho tiempo. Empero que se les proponga el dejar las reflexiones cuando están en la presencia de Dios, y que pasen luego a los afectos, y os responderán que su voluntad no es fácil de moverse; que, aunque alguna vez sientan algún buen movimiento, desaparece al instante, y que por esto se sirven de los libros.

Si se les dice que se estén con sencillez en reposo, y que atraigan suavemente sobre sí mismas el rocío del cielo, por medio de actos vivos y breves, repetidos de cuando en cuando, no dudan en condenar semejante reposo, tachándose de ociosidad, y en demostrar su aversión por este modo de orar, que no obstante es el de las almas interiores: y así sucede que ellas no lo son, y que aun temen el serlo. A pesar de esto se lisonjean de ser devotas, porque hablan mucho y largo tiempo con Dios, del mismo modo que si hablasen con sus semejantes, y que en lugar de calentar el corazón, desecan su pecho.

Que digan lo que quieran, el amor propio es el que preside a sus oraciones, que hacen mas por sí que por Dios. Su fin principal es darse testimonio a sí mismas de que han hecho oración, y creen tener de ello una prueba palpable cuando han rezado, hasta perder el aliento, un gran número de oraciones. Por esta misma razón algunos las pronuncian en voz alta a fin de que les sirva de testimonio su mismo oído. San Antonio, que sin duda fue un verdadero devoto, no pensaba de este modo; pues preguntando cual era el mejor modo de orar, respondió: «Cuando se ora sin advertirlo».

XII

Otro de los abusos en que incurre la devoción exterior es el multiplicar de tal manera las prácticas, que apenas basta el día para cumplirlas. Se conservan las antiguas, y cada día se añaden otras nuevas, y esto fatiga al espíritu, y le quita su libertad; haciendo con frecuencia que se descuiden los deberes del propio estado, que se deje la acción por la oración, o bien, si se ruega obrando, la atención está dividida, y no se hace bien ni lo uno ni lo otro. Es ciertamente muy santo y laudable hacer algunas oraciones jaculatorias en medio de las ocupaciones, y suspender alguna vez el trabajo para renovar la presencia de Dios; pero estos actos deben ser cortos, y mas para ejecutarlos con el corazón que con la lengua.

Algunas personas hacen consistir su devoción en permanecer largo tiempo en la iglesia, en asistir a los sermones y bendiciones del santísimo Sacramento, en no faltar a ninguna práctica religiosa donde pueda ganarse una indulgencia. Tienen su calendario, en el que están señala-

das todas las fiestas que se celebran en los conventos y comunidades, y les causaría escrúpulo no asistir a ellas. Se inscriben en todas las cofradías y asociaciones, con lo que se cargan de tantas prácticas y oraciones que las abruman, haciéndose al fin preciso que el confesor se las disminuya, a no ser que estén tan aferradas que no pueda hacerlas consentir en dejar ni una sola. La intención es buena, y cada una de estas prácticas considerada separadamente lo es también; pero conviene guardar moderación en todo, y en los ejercicios de piedad más que en otras cosas. Con la acumulación de tantas prácticas no se ocupa el espíritu ni el corazón, sino la imaginación; y ya se sabe cuan viva, ardiente e insaciable es por sí misma, sobre todo en el sexo devoto. Cuando el espíritu interior no hiciese otro bien que poner orden a estos excesos, e inspirar una devoción regulada, moderada y razonable, esto seria lo bastante para empeñar a las almas piadosas a entregarse a él.

XIII

La verdadera devoción no admite ninguna reserva: consiste en entregarse del todo a la gracia, y estar resuelto a ir tan lejos como ella nos conduzca. Entregarse a la gracia, es quitar todos los obstáculos que impiden su acción, a medida que se conocen; es seguirla paso a paso con una exacta fidelidad, y no prevenirla, ni arrojarse a todos los excesos de un fervor indiscreto. En los primeros transportes del amor naciente, suele adolecer el alma de este defecto. Muchos Santos han tenido que arrepentirse de él, en particular San Bernardo, que muy pronto estragó su estómago a causa de sus violentas abstinencias. También

cabe en esto tentación del demonio, quien procura acabar con nuestras fuerzas desde que emprendemos esta carrera, a fin de impedir que la concluyamos, y de hacernos volver al mismo estado de antes. No estará expuesto a verse en este conflicto quien consulta a un director sabio, sobre todo en materia de ayunos, vigilias y austeridades, ateniéndose a su parecer.

Pero, fuera de esto, es evidente que apetecer la amistad de Dios, y procurar conseguirla sin hacerse violencia sino hasta cierto punto, fijar un término a la carrera del espíritu, y resolverse a no pasar de allí, no seria dedicarse a Dios, sino darse a él con medida y restricción. Que haya alguna reserva cuando ofrecemos nuestros respetos a los hombres, es justo, porque conviene que los derechos de Dios sean siempre respetados; pero siendo Dios infinitamente superior a todo cuanto existe, y no pudiendo cosa alguna limitar el ejercicio de su dominio sobre la criatura, su servicio no es susceptible de ninguna reserva, y quien lo abraza, debe hacerlo sin excepción ni condición alguna: porque dedicarse a él, es empeñarse a no reconocer otra ley que la de su voluntad suprema, y a conformarse con ella, por mas que repugne a nuestra propia naturaleza.

Y que no se alegue la propia flaqueza, ni se diga: «jamás podré hacer tal o cual cosa, aunque la gracia lo exija de mí». Porque la voluntad de Dios hace posible todo cuanto manda, porque vincula siempre a su mandato los medios de cumplirlo. Sería Dios injusto, si, cuando nos hace entender que desea de nosotros alguna cosa, no nos diese un auxilio suficiente, puesto que nada podemos por nosotros mismos. Cuando leéis en las vidas de los Santos ciertos rasgos heroicos; al paso que los admirais, renunciais a imitarlos. Pero ¿sabéis si Dios os pedirá las mismas cosas? Y si él os las pide, ¿por qué no podríais con su gracia lo que pudieron ellos? No os asusteis, pues; lo que

hoy os parece absolutamente imposible de hacer, os parecerá fácil, o a lo menos muy posible, cuando llegue el momento de ejecutarlo.

No es siempre la mala voluntad la que mueve a hacer reservas secretas cuando se emprende el camino de la devoción: si tal fuese no duraría en decir que semejante devoción es falsa e ilusoria, y que se expondría a no cumplir sus empeños para con Dios, quien no está obligado a darnos sus gracias para que le sirvamos a gusto nuestro: y aun peligraria nuestra salvación, por mas deseos que tuviésemos de asegurarla. La causa ordinaria de estas reservas es que, viendo abierta delante de nosotros la vasta carrera de la santidad, y consultando las fuerzas presentes, juzgamos imposible recorrerla por entero. Nos resolvemos a entrar en ella, porque tal es nuestra voluntad; pero nos formamos un plan conforme con la actual flaqueza, y a él queremos sujetarnos sin pasar mas adelante.

Error grosero, que proviene en parte de la ignorancia, y en parte del amor propio, solícito siempre de mirar por sí, y en parte también del demonio, que tiene envidia de nuestro progreso. Debería pensarse que nuestras fuerzas toman su principio de la gracia; que crecen a proporción de nuestra fidelidad; que Dios mide siempre la grandeza del socorro con la de las dificultades: de modo que, cuanto mas se avanza, tanto mas ardor se siente para correr, y mas facilidad se encuentra para vencer los obstáculos. ¿Qué se diría de un niño que, sin reflexionar que su fuerza había de aumentar insensiblemente con la edad, regulase sobre su debilidad presente el peso que debería llevar cuando hubiese llegado a la edad varonil, y no quisiera creer que entonces podría soportar un peso veinte veces mayor?

Vosotros, cualesquiera que seáis, si deseáis entregaros a Dios, hacedlo con toda vuestra voluntad, sin entrar en composiciones, y no os cause impresión otra cosa, sino el

no tener bastante generosidad. Creed que la menor reserva os debilitaría, aun para las cosas que consentís hacer de buena voluntad; y que al contrario el peso os será tanto más ligero cuanto menos lo disminuyais. Esto parecerá una paradoja a quien no piensa que Dios despliega todo el poder de su gracia en favor de un alma noble y generosa, que nada escasea con tal de complacerle; y que un corazón encogido y miserable le obliga, contra su voluntad, a usar también de reserva por su parte.

No es mi designio explicar por menor lo que es no tener ninguna reserva para con Dios, ni qué especie de reservas manifiestas u ocultas entran en la mayor parte de las devociones; porque esto me haría traspasar los límites estrechos de este librito. La práctica enseñará sobre este asunto a las almas de buena voluntad mucho más de lo que yo podría decir.

XIV

La verdadera devoción no admite ninguna división: «Adorarás al Señor tu Dios, y a él solo servirás.» Tal es la ley de la devoción. La adoración, que comprende el homenaje del espíritu y del corazón, excluye toda reserva; y el servicio que no pertenece más que a Dios solo, excluye toda división. Todo otro servicio diferente del suyo no es legítimo sino en cuanto es una consecuencia y una dependencia de aquel. Jesucristo dice que nadie puede servir a dos señores, como Dios y el mundo, cuyas voluntades son contrarias, sus leyes opuestas, y por consiguiente su servicio incompatible. Dios me quiere todo para sí: el mundo me quiere también todo para él. No hay medio de conciliar ambas pretensiones, que mutuamente se destruyen.

Es preciso escoger, y que si amo al uno, aborrezca al otro; si obedezco al uno, desprecie las órdenes del otro.

¿Cómo sería posible hacerse ilusión sobre una verdad tan palpable? Con todo, a cada paso se encuentran devotos que pretenden conciliar los intereses de Dios y los del mundo; que intentan reunir en un mismo corazón el amor de Dios, y el amor del mundo, y que, queriendo ser de los dos, no son ni del uno, ni del otro. Bien pudiera decírseles lo que el profeta Elías a los israelitas: «¿Hasta cuando claudicareis entre dos pensamientos? Si el Señor es Dios, seguidle; pero si lo es Baal, seguid a éste».

Hay quien cree no estar aficionado al mundo, porque renuncia a todo lo que hay en él de criminal, y que es evidentemente peligroso. Es verdad que ya no sirve a la voluptuosidad, que es la principal divinidad del mundo; pero todavía permanece esclavo del interés y de la falsa felicidad. Por lo tocante a estos dos objetos se siguen máximas reprobadas por el Evangelio, teniendo en mucho las riquezas, la nobleza, las dignidades, y todo cuanto nos eleva y nos distingue; amando o deseando estas cosas, o para nosotros o para nuestros allegados; envidiándolas en los demás, y moviendo todos los resortes para conservarlas, o para procurárnoslas. En mil ocasiones adoptamos los juicios del mundo, conformando con ellos nuestra conducta: deseamos con ardor su amistad; tememos perderla, declarándonos abiertamente por la piedad, y perseveramos en este estado con detrimento de la virtud y a pesar de los remordimientos de la conciencia. Tememos sus burlas y su censura, y mostramos sumo cuidado en ponernos a cubierto de ellas. El servicio de Dios es postergado: se halla uno como forzado, atraído violentamente por dos lados; el respeto humano esclaviza y nos tiene de continuo en agonías mortales. Queremos ser de Dios y nos causa vergüenza pertenecer a él; le rogamos a escondidas; nos ocultamos con mucho cuidado para cumplir

con nuestros deberes de piedad, como si se tratase de ejecutar alguna acción mala. ¡Qué esclavitud! ¡qué tormento! Pero al mismo tiempo ¡qué infidelidad! ¡qué cobardía! ¡qué inconsecuencia!

¿Es esto estar dedicado a Dios? ¿No merece que le sirvamos sino ocultamente? ¿Es motivo de sonrojo confesarle por nuestro Señor? Pero decimos que lo hacemos por huir de la ostentación. Si por este nombre se entiende hacer gala de la devoción, ofrecerla a la vista de todos y buscar los medios de que nos vean y aplaudan por el bien que practicamos, tenemos razón, pues en tal caso no hacemos mas que seguir el precepto del Evangelio. Pero entre este modo de hacer como gala, y temblar de que nos tengan en público por siervos de Dios, dedicados a la gloria y a los intereses de un Señor tan grande y tan bueno, hay un medio, que es, seguir nuestro camino sin embozo, y sin tomarnos pena de si seremos o no notados; seguir rectamente nuestra conciencia; rendir a Dios, sin afectación, pero sí paladinamente, el homenaje que espera de nosotros para gloria suya y edificación del prójimo, haciendo en secreto tan solamente aquello que él mismo quiere se oculte a los ojos de los hombres.

El verdadero devoto sabe muy bien mantenerse en este medio. No teme que se sepa que sirve a Dios con todo su corazón, y que desprecia y tiene horror a todo lo que sabe a mundo; manifiesta llanamente su modo de pensar sobre esto en las ocasiones que es necesario, y en que es preciso pisotear el respeto humano. Pero no es menos cuidadoso de sustraer a los ojos de los otros ciertas prácticas de piedad, ciertas obras buenas, cuyo conocimiento reserva a solo Dios; conciliando de este modo lo que dice Jesucristo: «Así brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos»; y en otra parte: «Mirad, que no hagáis vuestra justicia delante de los

hombres para ser vistos de ellos», y en otra: «Cuando oraréis no seáis como los hipócritas, que gustan de orar en pie en las sinagogas, y en los cantones de las plazas para ser vistos de los hombres...; mas entrad en vuestro aposento, y cerrada la puerta orad a vuestro Padre en secreto». El verdadero devoto tiene siempre presente esta sentencia pronunciada por el Salvador: «A todo el que me confesare delante de los hombres le confesaré yo también delante de mi Padre, y aquel que me negare delante de los hombres, yo le negaré también delante de mi Padre».

Por lo demás, ya sé que hay ciertos miramientos que la prudencia autoriza; que una virtud flaca no debe ponerse enteramente de manifiesto, ni arrostrar demasiado abiertamente el respeto humano, con peligro de no poder aguantar los asaltos que se le den. También se que hay casos en que la deferencia y los miramientos debidos a un padre, a un marido, a un amo poco inclinados a la piedad, exigen que se tenga circunspección y que les oculte cuidadosamente todo cuanto podría ofenderlos e irritarlos. De este modo se conducían los primeros cristianos en las persecuciones domésticas. Por el bien de la paz no se descubrían ni a sus padres, ni a sus amos, ni a sus amigos idólatras; el hermano evitaba las miradas del otro hermano que le observaba; la mujer las de su marido, y en general el fiel las del infiel. Hoy dia mas que nunca hay circunstancias en que se puede y aun se debe observar la misma conducta. En tal caso conviene tomar consejo de un confesor prudente, y seguirlo.

Pero cuando no se debe dar razón a nadie de las propias acciones, y que a lo más solamente hay que temer la censura impotente de los mundanos, no se debe balancear un instante en despreciarla, en andar con la frente serena, y en darse a conocer sin rebozo por lo que uno es, y por lo que desea ser. ¿Los partidarios del mundo temen por ventura el declararse? ¿Lo temíais vos cuando erais de

este número? Lo más obvio es romper absolutamente con él de corazón y de afecto, y acostumbrarse a ver, juzgar, hablar y obrar de un modo del todo opuesto al suyo, y no conservar con él otras relaciones que las precisamente indispensables y compatibles con la mas delicada piedad; y en lo demás renunciar su comercio, sus placeres y su estimación; hacerse superior a sus habladurías; estar muy gozoso, como los Apóstoles y todos los verdaderos discípulos de Jesucristo, de que nos critique, nos desprecie, nos vitupere, nos calumnie, y nos persiga.

La dedicación a Dios nos pide estas disposiciones; y ella misma nos reviste de ellas, si es sincera. Cuando se ha tomado este partido sin titubear, presto se halla uno bien recompensado, aun en esta misma vida: se halla desprendido de muchas trabas, libre en lo exterior, pacífico en lo interior, y Dios está contento; la conciencia no remuerde; y el mismo mundo admira y aprueba el desprecio que de él se hace.

XV

La verdadera devoción es de todas las edades y de todas las condiciones; y se extiende a todas las situaciones y a todas las acciones de la vida. Desde que el cristiano tiene uso de razón en el primer instante debe consagrar a Dios los pensamientos de su espíritu y los afectos nacientes de su corazón. Dios es muy celoso de estas primicias; y el orden pide que la dedicación a él desde la infancia sea el fruto del primer desarrollo del alma. En esta edad feliz en que todo es candor e inocencia, y en que el espíritu está más desembarazado de preocupaciones, el corazón mas libre de pasiones, la conciencia mas pura, también

somos más susceptibles de una piedad sincera, tierna, simple, ingenua. «Dejad venir a mí los pequeñuelos», decía Jesucristo, pues que ignoran lo que es malicia; el mundo todavía no los ha seducido ni corrompido; están exentos de toda mancha; su alma aun nueva es flexible a todos los movimientos de la gracia; el reino de los cielos de tal modo se ha hecho para ellos, que en una edad más avanzada, para ser apto para él, es preciso asemejarse a la infancia lo mas que se pueda.

Corazones jóvenes, entregaos, pues, a Dios, y responded a sus dulces invitaciones. Vosotros que sois sensibles a las caricias de un padre y de una madre, probad las caricias del Padre celestial. Por vosotros especialmente se ha dicho: «Gustad y ved cuan suave es el Señor». Dejaos embriagar muy temprano del vino de su amor, y esta santa embriaguez os preservará del licor lisonjero sí, pero envenenado, con que algún dia os brindará el mundo.

Y vosotros, padres cristianos, pedagogos de la juventud, directores de su conciencia, daos prisa a sujetarla al yugo del Señor, pues es bueno llevarlo desde los primeros años; entonces el alma se doblega y acostumbra a él sin pena; y si en adelante tuviese la desdicha de sacudirlo, le será más fácil volver a sujetarse a él.

Cuanto mayor incremento toman las luces de la razón, tanto más inexcusable es el no dedicarse a Dios. Las pasiones, no hay duda, comienzan a hacerse sentir; y su ruido tumultuoso tiende a sofocar la voz de la gracia. Pero es fácil imponerles silencio, cuando están al nacer, o a lo menos preservar el corazón de su seducción: no podrán ellas sostenerse, ordinariamente hablando, contra los ejercicios de piedad y la lectura de buenos libros, contra los santos avisos y buenos ejemplos, y el frecuente uso de los Sacramentos.

La edad viril, en que la razón está en su fuerza, el corazón tiene más consistencia, y el carácter más solidez,

sería la más a propósito para que la gracia obrase con mas eficacia sobre el alma, para determinarla al partido de la devoción, si los cuidados de la vida, los desvelos de la ambición, los malos hábitos contraídos en la juventud no pusiesen obstáculo. Pero no hay ninguno de que no pueda triunfar un espíritu recto y una voluntad enérgica. ¿Y sobre qué pretexto plausible podría un cristiano dispensarse entonces de dedicarse a Dios, de lo que experimenta mejor que nunca la necesidad y las ventajas? Si entonces es cuando se ocupa mas seriamente en aumentar su fortuna, ¿no será justo que piense también en la morada permanente que su trabajo debe asegurarle en los cielos, y que vuelva hacia este objeto, el único interesante para él, todos sus proyectos y todos sus procederes?

En la vejez, en que las pasiones extinguidas dejan al espíritu toda la claridad de sus luces, y no contradicen tanto las determinaciones de la voluntad; en que la experiencia nos ha desengañado de los encantos e ilusiones del teatro del mundo; en que los objetos no hacen mas que una débil impresión en los sentidos amortiguados; en que las enfermedades y caducidad advierten que el fin de la vida está cercano, y que se toca ya a las puertas de la eternidad, todo invita, todo hostiga para entregarse a Dios, a lo menos en los últimos instantes de la vida, para indemnizarle, por medio de una piedad sólida, de tantos años como se le han arrebatado para hacer de ellos un uso el mas vergonzoso, y tal vez el más criminal. No hay que admitir dilaciones; la muerte se acerca con paso acelerado, y será demasiado tarde, cuando la última enfermedad venga a sorprendernos.

La ligereza de la infancia, la fogosidad de la juventud, las ocupaciones privadas y públicas de la edad madura, lo pesado de la vejez, todo esto no puede mirarse como motivos de dispensa, o de excusa. La conclusión que debe sacarse es que cada edad tiene sus dificultades que vencer,

y que, en todos los tiempos de la vida, es necesario, para ser de Dios, hacerse violencia.

XVI

Lo mismo debe juzgarse de las diferentes condiciones en que cada uno puede hallarse, entre las que no hay ninguna que no presente un lado favorable a la devoción, y otro contrario; empero ninguna de ellas ofrece un motivo legítimo que excuse de ser devotos. La grandeza tiene sus peligros para la salvación, y ningún grande puede verse libre de ellos, sino por una protección especial de Dios, la cual en tanto debe esperarse, en cuanto estamos dedicados a su servicio. Los empleados públicos tienen grandes deberes que cumplir, y están expuestos a grandes tentaciones. ¿Quién podrá lisonjearse de poder cumplir estos deberes, y superar estas tentaciones sin el auxilio de la devoción? Los cuidados y las ocupaciones son tan multiplicados que apenas dejan tiempo para respirar; pero si el corazón es de Dios, se hallará libre en medio de tantos embarazos que se cambiarán en otras tantas ocasiones de poderle dar una prueba de nuestra obediencia y amor.

¿Cuántos se han santificado en el estado militar, en que los obstáculos parecen insuperables? ¿Cuántos en la magistratura? ¿Cuántos en el manejo del tesoro público? Si exceptuamos algunas profesiones, contrarias por su naturaleza a la salvación, que ya están proscritas por el Evangelio, que nadie tiene obligación de abrazar, y que no son sino toleradas en los Gobiernos en que reina la mejor policía; no dudo asegurar que no hay un solo Estado en que no se hayan formado santos y en que no se formen otros todos los días. ¿Es posible que Dios, que es el

autor de las diversas condiciones de la sociedad, hubiese establecido una sola en la cual fuese moralmente imposible salvarse? Si en algunas hay mas dificultades, también ha vinculado a ellas mayores socorros, como por una dichosa experiencia lo han probado cuantos se han entregado a su conducta.

La devoción también abraza todas las situaciones. Como es igualmente ventajosa y necesaria en la salud que en la enfermedad, en la prosperidad que en la adversidad, en la opulencia que en la indigencia, en la alegría que en la tristeza, en los bienes que en los males de la vida presente; en los bienes para impedir su abuso, y en los males para ayudar a soportarlos; y como los males son incomparablemente mas comunes acá bajo que los bienes, y todos los recursos humanos son insuficientes en muchos lances, de aquí se sigue que la dedicación a Dios y la sumisión a su santa voluntad son el sólido y único consuelo que queda al cristiano entre las aflicciones y cruces, sean de la naturaleza que fueren.

Finalmente, la devoción se extiende por su naturaleza a todas las acciones, sin que haya una sola que no tenga por su objeto el santificarla; de modo que no podría llamarse una dedicación perfecta, si no ordenase bajo el dominio de Dios todo cuanto puede pertenecerle, como son todas nuestras acciones libres, que por otro nombre se llaman también humanas. La intención de Dios es que todas ellas se refieran a él, y que sean hechas por su gloria, y de aquí es que el verdadero devoto se las consagra todas sin excepción alguna, y las santifica todas por esta consagración. El sabe que debe obrar el cristiano conforme a la Religión todas las veces que el hombre debe obrar conforme a la razón; que no basta que obre en estado de gracia, sino que den a mas obrar por un principio de gracia; al modo que para obrar razonablemente no basta que el hombre tenga uso de razón, si no la aplica actualmente a

lo que hace. Este principio, que es una verdad incontestable nos conduce a largas consecuencias por poco que nos tomemos la pena de profundizarlos.

Nos engañamos, pues, si nos creemos devotos porque practicamos cada día por cierta rutina un número de ejercicios piadosos, si vivimos por otra parte en la disipación y admitimos sin repugnancia toda suerte de pensamientos, de deseos y acciones, con tal que nada tengan de criminal. De este modo Dios no tendría para sí más que ciertos tiempos del día, y en lo demás haríamos lo que nos pareciera. Pero esto no debe ser así, porque todos nuestros instantes le pertenecen; quiere que se empleen de un modo digno de él, y de nuestra profesión de cristiano, y no nos es libre disponer de ellos a nuestro antojo, ni perderlos, por ejemplo, en visitas, en conversaciones frívolas, en lecturas de puro entretenimiento, o en una floja ociosidad. Los deberes del estado, el trabajo y algún corto descanso que puede concederse a la naturaleza, deben llenar los vacíos del día; ninguna cosa debe interrumpir esa oración continua del corazón, que Jesucristo, y el Apóstol después de él, nos recomendaron. El objeto de las oraciones ordinarias sobre nuestras acciones, en las que su gracia es tanto mas necesaria, cuanto estamos mas expuestos a desiparnos, a obrar de un modo demasiado humano, y a cometer muchas faltas, cuyo conocimiento se nos escapa.

XVII

Solo el amor puede producir la dedicación a Dios. El amor debe ser su origen, su aumento y su perfección, y a su vez la práctica de esta dedicación nutre y fortifica el

amor. La devoción puede definirse, el amor de Dios puesto en ejercicio. ¿Qué vendría a ser una dedicación que ni tuviese por causa principal el amor del objeto al cual se dedica? Y si en tanto estamos dedicados a una criatura en cuanto la ofrecemos nuestro afecto, en cuanto nos interesa todo lo que a ella pertenece, buscando con diligencia todas las ocasiones para obligarla y complacerla, y no perdonando a este fin ni al reposo, ni la salud, ni los bienes, ni nuestra propia vida; ¿cuánto mas afectuosos, vivos, ardientes y generosos deben ser los sentimientos de una alma dedicada a Dios?

Cuando él nos manda amarle con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas, ¿no nos manda en términos equivalentes que le estemos enteramente dedicados? La devoción es literalmente la práctica del gran precepto del amor de Dios; lo que falta a la devoción, falta al cumplimiento de este precepto; y puede decirse de la devoción, como de la caridad, que es la plenitud de la ley.

Así la devoción perfecta destierra el temor, del mismo modo que lo destierra la caridad perfecta. La devoción es la señal de los hijos, así como el temor es la marca de los esclavos. El temor considera en Dios un amo, un juez, un vengador, y bajo este aspecto le sirve: la devoción le considera como un padre a quien teme, a quien respeta y a quien obedece, porque le ama. El temor puede disponer a una alma para ser devota, pero no la vuelve tal; y desde el momento en que esta alma lo es, no domina en ella el temor, sino el amor. Luego el amor, donde quiera que esté, tiende a reinar solo, y sobre todo a desterrar el temor, que le es diametralmente opuesto; porque el temor tiene su origen en el amor propio, que es el enemigo del amor de Dios y la peste de la devoción.

¿Qué pensaremos, pues, de ciertas almas que sirven a Dios por temor de condenarse, a quienes solamente im-

presionan las verdades terribles de la Religión, y que están siempre en continuo sobresalto? ¿A quién están dedicadas? ¿A Dios? No, sino a sí propias y a sus intereses. ¿Por qué temen el pecado? ¿por ser una ofensa de Dios? De ningún modo, sino porque Dios lo castiga. ¿Por qué les causa espanto el infierno? ¿Es por causa de la pena de daño, o de la eterna privación de Dios? Tampoco: la pena de los sentidos, las llamas eternas, he aquí lo único que las espanta.

Sin embargo, no debemos confundir aquí el terror que nace de una imaginación viva y débil, y que desaprueba el corazón, con el temor que tiene su origen en sentimientos bajos y serviles. Muchas personas verdaderamente devotas están sujetas a este terror, que es su tormento, y del que con trabajo pueden verse libres. Pero se debilita a medida que avanzan en la devoción, y finalmente desaparece del todo. Y no es cosa rara que muchos después de pasar toda su vida asustados por los juicios de Dios, mueran en paz en la confianza y con cierta seguridad de salvarse.

XVIII

Por la misma causa la devoción verdadera no es mercenaria, ni interesada. Es verdad que en los principios cuando Dios prodiga al alma sus dulzuras, se aficiona con algún exceso a ellas; las busca, y esta es una de las causas de su fidelidad. Pero no tarda en sobreponerse a estas caricias, y después que Dios la ha destetado no deja de servirle con el mismo celo y exactitud que antes. El alma devota en su entrada en la carrera es como un niño; Dios la trata como a tal, y no seria justo atribuirla miras merce-

narias, pues que los consuelos entonces son para ella un atractivo y un cebo. Por lo tocante a la salvación, sea cual fuere el progreso que el ama haya hecho en la devoción, la desea siempre, y arroja de sí con horror toda indiferencia sobre un objeto tan esencial pero la desea mas por relación a Dios que por relación a sí misma. Desea su felicidad; y ¿cómo podría no desearla? pero desea todavía más la gloria y el beneplácito de Dios, a quien sirve, como David, por causa de la recompensa, aunque ésta no es más que un motivo secundario, siendo el amor el primero y principal. El que ama con pureza, no entrevé sino el objeto amado, a quien mira con una mirada directa, que de ningún modo se tuerce al propio interés, al que sin embargo no excluye, y aun no puede excluirle, pues que pone su felicidad en la posesión del bien que ama; pero no establece su fin en esta posesión, en cuanto le hace feliz, sino en la gloria que de esto resulta a Dios, y en el cumplimiento de su voluntad.

No me extenderé más sobre la delicadeza de la más refinada pureza del amor divino; pero reflexiónese atentamente sobre las cualidades de la dedicación, que tiene a Dios por objeto, y se comprenderá cuán desprendida debe ser de toda mira interesada. No puedo decir hasta qué grado llega este divino amor en algunas almas privilegiadas que viven sobre la tierra; pues solamente ellas pueden decirlo: mas lo que es cierto, es que ninguna mira de interés particular, ninguna complacencia propia tiene lugar en la morada de los bienaventurados; y esto mismo es lo que hace su felicidad completa. Verdad incomprensible al mor propio; verdad que le desola y desespera, porque no puede formarse idea de una felicidad en que no tiene ninguna parte, y del que está totalmente excluido.

Toda devoción sólida, y que tiene su origen en el amor, tiende a esta admirable pureza de miras de los habitantes del cielo; y si no puede llegar hasta aquí se es-

fuerza a lo menos para acercarse. Veamos si es tal la nuestra, y no temamos de sondear sus motivos para trabajar con la ayuda de la gracia en purificarlos. Sustituyamos el temor de perder a Dios al temor de perdernos: y al deseo interesado de salvarnos sustituyamos el de poseer a Dios y de estarle eternamente unidos. En cuanto al fondo es una misma cosa, ni es diferente el objeto; pero el modo de verlo es bien diferente; y esta diferencia de aspectos y motivos es lo que da a la devoción diversos grados de excelencia y de perfección.

XIX

Después de lo que acabamos de decir, ¿en qué vienen a parar todas esas devociones, que no tienen más fundamento que el amor propio? ¡Cuán falsas son y cuán engañosas! y con todo ¡cuán comunes! No hablo de ese amor propio grosero que engendra las pasiones y los vicios, sino de un amor propio espiritual que se insinúa sutilmente entre las prácticas de piedad; de un amor propio que tiene también sus vicios capitales; que es orgulloso, avaro, envidioso, voluptuoso, ávido, vengativo y perezoso; que no es menos ciego, y cuyo peligro es tanto mas grande cuanto son mas santos los objetos a que se apega.

En efecto, no son raras las personas devotas que alimentan un secreto orgullo, y que, semejantes al fariseo del Evangelio, están llenas de estimación de sí mismas, y de menosprecio del prójimo; que se apropian las gracias y los dones de Dios, y ninguna cosa temen tanto como verse despojadas de ellas; que tienen envidia a las almas que creen más favorecidas o adelantadas; que se saborean con sensualidad en las dulzuras celestiales, siendo de ellas go-

losas e insaciables; que son coléricas, rencorosas, llenas de hiel y amargura, todo, según a ellas les parece, por celo de la causa de Dios; finalmente, que están inclinadas a la relajación, a la blandura, a la ociosidad y a todo lo que lisonjea la naturaleza.

Confieso que, en los principios y aun en el progreso de la vida espiritual estamos mas o menos sujetos a estos excesos, a causa de nuestra imperfección natural, porque el amor propio que ve que le arrancan los bienes temporales, cuando la persona se entrega a la piedad, se abalanza sobre los bienes espirituales, se apodera de ellos y quiere hacerlos su presa, apegándose a ellos con tanta mas fuerza cuanto son de una naturaleza mas excelente. Pero el verdadero devoto se aplica a perseguirle, a combatirle y a desalojarle de todos los lugares en donde se refugia. Esta guerra es su principal objeto, y cree decaer, por poco que se relaje y debilite en sus ataques. Como el espíritu de religión despega al hombre de las cosas temporales, el espíritu de devoción le despega de las cosas espirituales, no sufriendo que se complazca en ellas, que se las atribuya, que usurpe su propiedad; y sobre estos objetos le conduce por grados a la renuncia de todos, a la desnudez y la perfecta pobreza. Todo lo posee entonces el corazón y a nada se siente apegado. Dios quita y vuelve, cómo y cuándo le place, sin que el alma se aflija por ello o se regocije.

No se descubren de pronto los vicios opuestos por ser muy sutiles; pero a medida que adelantamos somos alumbrados por la luz divina, que nos enseña a conocerlos: y toda la fidelidad del alma devota consiste en atraer hacia sí esta luz, recibirla con reconocimiento, y aprovecharse de ella para enmendarse. Esto le cuesta grandes y penosos esfuerzos: necesita animarse mucho: es preciso que se haga una violencia extremada, para llegar a desarraigar enteramente estos vicios delicados; y este es el trabajo de

toda la vida. Pero a la fin si corresponde a la gracia llega a conseguirlo, y se libra, en cuanto es posible, de la tiranía del mor propio. Dios, que ve su buena voluntad, acaba por medio de pruebas misericordiosas lo que ella no puede hacer por sí misma.

XX

Siendo la devoción hija del amor, es también madre de la confianza; porque se confía tanto mas en Dios cuanto más se le ama, y lo uno es regla y medida de lo otro. El amor de Dios no es un amor ciego, sino un amor fundado en el conocimiento de su bondad infinita en favor de sus criaturas. Y este conocimiento es el que nos mueve a fiarnos de él por lo tocante a nuestros intereses, y a no perder jamás la confianza: a creer que, a pesar de sus rigores aparentes, nos ama; que quiere salvarnos, y que efectivamente nos salvará si conservamos la confianza en él. «Echaos en sus brazos, decía San Agustín, pues que no se retirará para dejaros caer». Y yo añado al pensamiento de este santo Doctor, que si alguna vez os parece que se retira, es para probaros y ver hasta dónde llega vuestra confianza, para aumentar vuestra recompensa. Como esta virtud es la que mas le honra, es también la que mas ejercita; y para con las almas fuertes y generosas, apura la prueba hasta los últimos extremos.

La confianza tiene el lugar medio entre dos vicios opuestos, que son la presunción y la pusilanimidad, los cuales ambos tienen el mismo origen, esto es, el amor propio. Es presuntuoso quien confía demasiado en sus propias fuerzas: es pusilánime quien no contando ni apoyándose mas que en sus propias fuerzas experimenta

lo débil de tal apoyo. El presuntuoso dice: ninguna cosa podrá hacerme vacilar: el pusilánime al contrario dice: el más pequeño soplo me derribará. El que confía, dice, mirándose a sí mismo, como el pusilánime, que una nada puede derribarlo: pero mirando a Dios, añade que ninguna cosa es capaz de conmoverlo. De este modo reúne los dos sentimientos que, si separados son viciosos, son por el contrario una virtud cuando se juntan.

Ninguna cosa hay mas necesaria, ninguna de que deba hacerse mayor uso que de la confianza en la carrera de la devoción. Dios se complace en ejercitar la fe: nos obliga a cerrar los ojos y a andar a ciegas; nos pone en la apariencia en un derrotero, de modo que no sabemos dónde estamos ni adonde vamos; nos hace perder la tierra, nos quita todo conocimiento de nuestro interior, nos prohíbe toda reflexión sobre nosotros mismos, y si queremos buscar alguna seguridad, nos entrega a la mas inquieta perturbación. ¿Por qué nos trata de este modo? ¿por qué nos fuerza a renunciar a la dirección de nosotros mismos y a abandonarnos enteramente a él?

¿Qué sería de la fe, y de qué nos serviría, si viésemos siempre claramente el estado de nuestra alma, si estuviésemos instruidos de las razones de todo lo que Dios quiere o permite con relación a nosotros de un instante a otro, y si siguiésemos paso a paso la marcha y progreso de sus operaciones? La confianza del ciego en el que le guía está fundada en que él mismo no ve nada; y esta confianza es tanto mas grande cuanto el camino por donde le conduce le está del todo desconocido, creyéndolo peligroso y rodeado de precipicios; y con todo no demuestra inquietud alguna, no se informa de nada, y está seguro de que no le descarriarán, y de que le conducirán felizmente a su término.

Desde que nos dedicamos a Dios, la confianza en este Señor debe ser sin límites; y, retirársela bajo cualquier